

HISTORIAS PARA ACAMPAR

© del texto: Ignacio Rosat Aced

© de la fotografía de cubierta: Rawpixel.com, Shutterstock, Inc.

1.ª edición: marzo de 2018

© de esta edición:
BRIEF EDICIONES, S. L.
Avenida de Cataluña, n.º 6-bajo
46021 Valencia. ESPAÑA
www.editorialbrief.com

Diseño y maquetación: Ortogràfic
Imprime: Ulzama Digital

ISBN: 978-84-15204-70-1
Depósito legal: V-722 -2018

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

HISTORIAS PARA ACAMPAR

Ignacio Rosat Aced





LOS ÁNGELES DE HIELO

Un año más, casi como en un ciclo vital inscrito en la naturaleza del hombre, llegaron las vacaciones escolares navideñas. Un tiempo de contrastes donde los más pequeños soñaban con momentos mágicos cargados de regalos, los adolescentes con un periodo en el que nadie les iba a obligar a levantarse temprano y, para los padres, un arduo periplo en el que tendrían que hacer frente a gastos añadidos y sobrevivir a largas horas de convivencia familiar entre enfados y discusiones.

Dolores se estaba preparando para ese periodo. Era madre de tres hijos: Ignacio, un adolescente de quince años, Sara y Lola, dos gemelas que vinieron en los límites de su madurez, y, aunque no fueron esperadas, sí felizmente recibidas.

Estaba casada con Nacho, un director de recursos humanos. Su relación se extendía casi veintitrés años, pero permanecía fuerte y ambos vivían felices. Ella nunca había tenido quejas de su marido, del que pensaba que era un hombre bueno. Tan solo, en ocasiones, le hubiera gustado cambiar la naturaleza inquieta de su pareja para poder compartir más el tiempo junto a sus hijos, pues él parecía no ser capaz de descansar nunca. En los momentos en que no estaba trabajando, andaba inmerso en alguna de sus aficiones, personales o profesionales: los libros que en ocasiones escribía, conferencias

o involucrándose en proyectos diversos con dispar fortuna, incluso acababa su jornada practicando deporte para tratar de consumir una energía que a veces parecía más una maldición que un don. A pesar del transcurso de los años, para Dolores esa inquietud permanente de su marido seguía provocándole sentimientos contrapuestos, pues, si por un lado le molestaba la dispersión que él mostraba, por otro era esa capacidad de hacer cosas lo que le atraía.

Por lo demás, el matrimonio había desarrollado una habilidad que fortalecía su relación: de forma ya casi inconsciente, buscaban espacios todas las semanas, e incluso a diario, para hablar, comentar inquietudes, proyectos o algo tan sencillo y complejo a la vez como era transmitir al otro su malestar por algún hecho de su conducta. Esta habilidad, aparentemente accesible pero poco desarrollada en la mayoría de las parejas, era lo que les había permitido llevar una vida que se podía catalogar como feliz.

Después de nacer las gemelas, cumplieron uno de los sueños que mantenían desde que eran novios: adquirir y restaurar una vieja casa en un pueblecito de montaña. Aquella antigua construcción se convirtió en el refugio al que aspiraban volver cada fin de semana. Rodeado de frondosos bosques, a casi mil metros de altitud, el lugar se caracterizaba por un aire fresco y limpio que se sentía nada más llegar y abrir las puertas del coche, y por una tranquilidad que, para la pareja, era como un bálsamo después de una semana de frenética actividad laboral y doméstica. Habían comprado el inmueble ocho años atrás, cuando las gemelas apenas contaban con un año e Ignacio, seis. Durante todo ese periodo, los padres vivieron una etapa de despreocupación y placidez respecto a sus hi-

jos; las calles del pueblo eran estrechas e inclinadas, por lo que rara vez circulaban vehículos y si lo hacían era a una velocidad muy reducida, lo que propiciaba que los niños pudieran correr libremente por los alrededores de la casa. Esta libertad también la favorecía el hecho de que todos los vecinos se conocieran, ejerciendo, unos y otros, como los mejores vigilantes de los niños. Para Dolores y su marido aquello fue como volver a su infancia, a una época en que esto aún sucedía en pueblos grandes e incluso en barrios de la propia ciudad y donde, desgraciadamente, hoy en día no era posible por el incremento del tráfico y la inseguridad.

En ese tiempo grato, las gemelas crecieron sanas mientras jugaban de sol a sol e Ignacio se fue transformando de un niño apático y regordete a un adolescente de amplias espaldas y buena estatura.

Pero precisamente esa inexorable mutación de niño a hombre fue la que motivó que el hijo mayor del matrimonio empezara a poner reparos para trasladarse al pueblo. En aquel recóndito lugar, durante los meses de otoño e invierno, era raro que hubiera otros chicos, dejando aparte el hecho de que, en su ciudad, tenía un grupo nutrido de compañeros y compañeras, hacia alguna de las cuales comenzaba a experimentar sensaciones hasta ahora desconocidas. La noticia de que iban a pasar en el pueblo la semana de Navidad desató en el adolescente una discusión con su madre, pues, de alguna forma, como si lo llevara inscrito en el código genético, siempre que trataba de conseguir algo poco factible de sus padres, se dirigía en primer lugar a ella.

Casi con las maletas hechas comenzaron los roces entre madre e hijo:

—Pero, mamá, ¿por qué tenemos que ir allí todo el tiempo? Es un rollazo y no hay nadie —argumentó el adolescente, con aire de víctima.

—Hijo, no hay quien te entienda; hay veces que estás deseando ir, como en verano, y ahora no quieres —respondió Dolores, casi maquinalmente, mientras llenaba una maleta con ropa de invierno—. No sé si estoy cogiendo demasiados jerséis; siempre me paso... pero ¿y si hace frío? —reflexionó la mujer en voz alta mientras seguía afanosa con su tarea.

—¡Pues yo no quiero ir! Me quedo con el tío Carlos —replicó con dureza el chico al pensar que su madre no le prestaba atención.

—¡Ignacio, déjame trabajar! El tío Carlos también va a pasar las fiestas al pueblo, así que no te puedes quedar con él.

—¿Por qué te pones así? Yo no te hablo mal —respondió el chico alzando la voz.

Dolores respiró hondo. Recordó a sus hijos de bebés, las largas noches sin dormir y cuando, como una autómatas, casi inconscientemente, les daba el biberón con una falta de sueño que hería y pensando que no podía haber nada tan duro como aquello. Ahora, tras aquellas aciagas discusiones y con la inquietud que sentía cuando su hijo, que empezaba a salir, se retrasaba unos minutos, deseó que volvieran aquellas noches en las que, al menos, podía tenerlo abrazado en su regazo, como si le fuera a proteger de todos los peligros del mundo.

—A ver, hijo, no te estoy hablando mal; simplemente te digo que no puedes hacer lo que quieras. Tu padre y yo trabajamos mucho y tenemos derecho a descansar unos días donde nos gusta y tus hermanas también quieren ir. Además, van a estar Andrea y Sofía con sus padres y son dos chi-

cas majísimas —argumentó la mujer en un intento de cerrar aquella discusión.

—¡Pues vaya! Andrea cada vez que está en el pueblo se va con Chelo, que nos cae muy mal, y papá me ha dicho que vendrá el miércoles, así que tampoco tendrá tanta prisa en ir —contraatacó el chico.

—Tu padre, si pudiera, se iría ya, pero ha de dar una clase el martes y, aunque no tenga ganas, le pagan un dinero que nos viene muy bien, así que no hay más que hablar —afirmó la mujer en un tono duro.

—¡Claro, como siempre, para ti no hay nada más que hablar! —repuso el chico marchándose y dando un portazo.

Dolores decidió no sulfurarse. Aún, vagamente, podía recordar su adolescencia y la de sus hermanos y lo difíciles que fueron algunos de esos momentos. Si discutía ahora solo exasperaría a su hijo, el cual, por un motivo de reafirmación, no iba a ceder en sus planteamientos. Su marido no iba a estar durante dos días y eso complicaba las cosas, ya que, cuando las disputas parecían salirse de un ámbito razonable, acababa interviniendo el padre, al que el adolescente solía respetar como si se tratara del macho dominante de una manada.

Al enfado de su hijo le sobrevino un mutismo absoluto; no habló durante el resto del día ni al día siguiente durante la hora larga de trayecto que duraba el viaje. Dolores pensó que lo mejor era dejarlo estar y que la situación se enfriase. Ya se estaba haciendo de noche cuando llegaron al pueblo. Durante los meses de invierno era muy raro encontrar coches en la explanada de entrada que hacía las veces de aparcamiento, sin embargo, pudieron ver un par de vehículos estacionados.

—Mira: ese es el coche de Alfonso y María Jesús; ya podrás jugar con Andrea y Sofía —dijo la mujer mientras pasaban junto a los vehículos. El adolescente no respondió; una de las cosas que más le irritaba era que su madre aún pensara que él, a su edad, se dedicara a jugar.

Después de descender la pronunciada bajada que conducía a su hogar, estacionaron el coche y abrieron las puertas. Súbitamente les inundó aquella sensación que tanto les agradaba: la de un aire puro y frío perfumado por el humo de carrasca proveniente de alguna chimenea cercana. Dolores salió del coche y se puso en pie. Después del viaje tenía las piernas y la espalda agarrotadas. «Dios mío, me estoy haciendo muy mayor», pensó, aunque se relajó al impregnarse de aquel olor y del silencio que reinaba en el lugar.

—Ignacio, por favor, ayúdame a descargar —pidió la mujer después de abrir la puerta de la casa y conectar la luz.

—Pues ya podían hacer algo Sara y Lola —replicó el adolescente al ver que sus dos hermanas pequeñas salían corriendo del automóvil en busca de alguna amiga.

—Claro que han de ayudar, hijo, pero en proporción a su edad; solo tienen diez años —respondió Dolores antes de llamar a sus hijas—: ¡Vosotras dos, no os marchéis tan rápido y ayudad a meter en casa algo que no pese!

—Pues yo con su edad hacía mucho más —se quejó Ignacio, dándose la vuelta y sin esperar respuesta mientras sacaba del maletero del coche un paquete de cartones de leche.

Tras vaciar el capó, Dolores comenzó a realizar unas tareas que ineludiblemente le acompañan en cada fin de semana de montaña: metió los alimentos perecederos en la nevera y repartió el resto entre los armarios de cocina. Luego abrió las

ventanas de la casa para ventilar, cerrándolas cuando apenas habían transcurrido cinco minutos, pues comenzaba a hacer mucho frío. Las gemelas habían desaparecido de forma casi imperceptible. De un rápido vistazo la mujer comprobó, en un gesto maternal, que en las perchas no estaban los gruesos abrigos de las dos niñas ni sus gorros, con lo cual se tranquilizó al saber que, en esos meses de invierno, sus hijas, por puro instinto, jugaban poco en la calle y terminarían en alguna casa al amparo de una buena calefacción.

—¡Caramba, hace más frío en casa que fuera! —dijo en voz alta mientras miraba el termómetro y al comprobar cómo marcaba cuatro grados sobre cero. Apenas eran las cinco de la tarde, por lo que dedujo que, por la noche, el mercurio descendería muy por debajo del umbral de la congelación.

Ignacio, ajeno al ambiente gélido que reinaba en la morada, se había tumbado frente al televisor, que había conectado nada más llegar. Dolores contempló a su hijo adolescente: iba enfundado hasta el cuello con su grueso abrigo de plumas y se había tapado con la manta familiar con la que se cubrían mientras miraban películas y comían palomitas hechas en el microondas.

El helor era hiriente y la mujer comenzó a preparar las estufas. Empezó con las de gas. No le agradaban al recordar el dolor de cabeza que de niña le producían, pero había llegado a la conclusión de que eran las que más rápidamente caldeaban aquel ambiente desangelado, aunque las que le brindaban una grata y acogedora sensación de hogar eran las de leña. Ella nunca las encendía; era una labor que no le gustaba y que, por alguna regla no escrita, parecía reservada a hombres. A veces se sorprendía a sí misma, aceptando roles

inexistentes como aquel, cuando tanto criticaba que su marido y la mayoría de sus amigos casi nunca pusieran ni una lavadora. Pero ahora Nacho no estaba y era necesario encender las viejas estufas de hierro fundido que tenían en cada planta. Lo primero era subir la leña del sótano, labor incómoda a la par que pesada.

—Ignacio, por favor, baja al sótano y sube leña que aquí hace mucho frío —pidió Dolores dirigiéndose al adolescente, quien, a pesar de estar totalmente enfundado con su abrigo y las mantas, tecleaba vertiginosamente su iPad.

—¿¡Al sótano ahora!? Estoy cansado, ya podríais haber instalado una calefacción de gas como Marcos y no tendríamos que estar siempre con la dichosa leña. ¡Espero ser mayor de edad para no tener que volver aquí! —concluyó el adolescente casi chillando.

—¡Mira, hijo, haz lo que quieras; como si te congelas ahí tirado! ¡Menos mal que esta época pasará, te convertirás en un ser humano y los dos la recordaremos con nostalgia! —repuso Dolores esta vez bastante alterada. No le gustaba alzar la voz con sus hijos al tener claro que, habitualmente, producía el efecto contrario al deseado, pero estaba muy cansada. Acabar la semana laboral después de levantarse a las seis y media de la madrugada, trabajar, ir a comprar, llevar la casa y a sus hijos era algo que cada vez le agotaba más, por lo que lo último que quería el viernes era enzarzarse en absurdas discusiones con un adolescente.

—¡Me voy a andar con María Jesús; espero que cuando vuelva hayas encendido las estufas! —añadió la mujer sin esperar respuesta y saliendo al desapacible exterior. Con paso resuelto se dirigió a la casa contigua a la suya. La habían com-

prado Alfonso y María Jesús un par de años después de ellos. Él era uno de los mejores amigos de su marido desde la infancia y con María Jesús habían llegado a entablar una amistad muy sincera. Hija de padre vasco, parecía tener una fuerza inagotable que demostraba cada vez que llegaba al pueblo: la podías encontrar arreglando una cerradura, cocinando un bizcocho o improvisando cualquier comida. El gusto por salir a dar largos paseos por algunas de las pistas de montaña cercanas era una de las cosas que tenían en común ambas mujeres. María Jesús había ly

ría en apenas una hora. Eran las cinco y media y hasta cerca de las siete no se hacía de noche, por lo que tenía tiempo de sobra. Comenzó a imprimir un ritmo ligero a su marcha; la sensación de contemplar la foresta que se erguía en derredor suyo, a la vez que oía sus canciones favoritas, le sumía en una especie de letargo casi irreal. Había salido con un gorro de lana y guantes y, a los pocos minutos y a pesar de la baja temperatura reinante, se los tuvo que quitar. Casi notaba calor y eso le hacía sentirse realmente bien. En aquel mundo atemporal donde ahora se encontraba, ya habían dejado de tener importancia los horarios casi tiránicos de las actividades de sus hijas, los arranques hormonales de Ignacio o esos kilos que cada vez le costaba más perder y le impedían ponerse parte de su ropa. Envuelta en ese estado de paz, casi de embriaguez espiritual, siguió inmersa en sus pensamientos mientras cruzaba varias bifurcaciones del camino. Le pareció que era más tarde de la hora que indicaba el reloj, pues estaba oscureciendo de forma rápida. Miró al cielo y comprobó que la causa eran unas nubes negras que se estaban formando por encima de las montañas.

Se levantó un viento frío que le molestó mucho, volvió a ponerse el gorro de lana hasta cubrirse las orejas y decidió acelerar el paso por si descargaba la lluvia. Las ráfagas comenzaron a arreciar levantando nubes de polvo en el camino y agitando las copas de los árboles con fuerza. Se quitó los auriculares para ajustarse mejor el gorro; comenzaba a sentir frío a pesar de la actividad física. Sin la música sonando en sus oídos, la sensación de virulencia del viento se incrementó. Sintió, aunque no miedo, inquietud. Casi nunca salía a pasear sola; o la acompañaba María Jesús o Nacho o lo hacían

en grupo. No era una mujer cobarde, aunque siempre había tenido respeto por los perros, por lo que, aun acompañada, siempre solía coger un bastón que le ayudaba a caminar y le parecía ofrecer una protección contra canes y otros invisibles enemigos. Esta vez no lo llevó consigo al olvidarlo cuando salió exasperada de casa, casi huyendo. No le dio más importancia y reanudó su marcha a buen paso, tratando de pensar que, aunque aquel fuerte viento impresionaba, no dejaba de ser aire y no ofrecía peligro alguno, salvo el de aumentar la sensación de frío. Anduvo con presteza durante unos quince minutos, sin poder dejar de contemplar el cielo. Las nubes lo cubrían por completo tornándolo más oscuro. Empezó a agobiarse al pensar que se le estaba haciendo de noche y redobló la marcha intuyendo que se encontraba cerca de un recodo en el que el camino era de asfalto, pero el lugar no apareció. El agobio comenzó a tornarse en miedo; se movió aún más deprisa, casi corriendo.

—¡Pero seré tonta! —dijo en voz alta para tratar de calmarse—. ¿Dónde está el camino asfaltado?

Se detuvo para orientarse, pero no lo logró. Nunca había sido muy observadora y, cuando andaba por aquellos andurriales, solía ir conversando, por lo que no se había preocupado de buscar referencias geográficas. Avanzó un poco más; acaso un kilómetro, pero la ansiada carretera no aparecía. El desasosiego se apoderó de ella por completo; lo que hacía unos minutos era una sospecha, ahora se presentaba como una aterradora realidad: se había perdido. Había andado cerca de una hora y debía haber alcanzado hace mucho el asfalto. Probablemente, oyendo música y pensando, se había despistado en alguno de los cruces anteriores. Respiró hondo.

«No es para tanto; el pueblo está cerca», pensó. «He de desandar el camino y buscar la senda adecuada; solo he de darme prisa».

Volvió sobre sus pasos de forma decidida, pero las dudas comenzaban a punzarle el alma. El viento incesante y la oscuridad que avanzaba inexorablemente no hacían sino aumentar su sensación de angustia.

Lo que apenas hacía unos minutos era un bello paisaje, ahora se había convertido en un lúgubre, casi espectral, paisaje desolador; los colores comenzaban a desaparecer, fruto de la falta de luz. Tratando de no tropezar, prosiguió su frenética andadura por aquel sendero que cada vez se le antojaba más estrecho y peligroso.

—¡Tengo que encontrar el cruce, tengo que encontrar el cruce! —repetía Dolores una y otra vez, sin bajar ni un ápice la velocidad con la que caminaba—. ¡El cruce tiene que estar cerca! —decía en voz alta, pero el paisaje se mostraba cada vez más extraño y desconocido ante sus ojos. La noche se le echaba encima. Nunca se había orientado bien; su marido a menudo bromeaba sobre ello, pero esta vez no se trataba de despistarse encima del coche en mitad de la ciudad; esta vez transcendía más allá de llegar tarde a una cita y perder unos minutos sin valor alguno.

De nuevo miró al cielo; el sol no era ya sino un mero resplandor que languidecía tras las montañas. En incontables ocasiones había visto el ocaso tras esos mismos montes y por ello intuía donde se encontraba el pueblo, pero aquellas sendas ahora parecían volverse más sinuosas y recónditas.

—¡Dios mío, se hace de noche y no voy a encontrar el camino! —musitó la mujer con la voz quebrada al ser consciente de la realidad con que iba a enfrentarse.

Los ángeles de hielo.....	05
El Paga Almas.....	47
Cuatro segundos	81
El mensajero del cielo.....	111
El brazo	149
Actividades inteligentes.....	207